

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS

RESÚMEN

De los efectos hácia la causa—Espiritistas y Espiriteros—Disertacion Espiritista—Variedades, convecion—Ejemplo de Caridad Evangélica—Noticias y Avisos.

De los efectos hácia la causa

El orgullo, la ambicion, la intolerancia y tiranía que tantos males ocasionó y aún ocasiona al hombre, ¿qué causa tienen por origen ¿Cuál es su matriz? ¿Cuál su remedio?

Es fácil, muy fácil vayamos equivocados en la forma que damos á estas líneas; pero tambien creemos que, de ser así, en el fondo no erraremos, puesto que él será siguiendo la ruta que Jesús de Nazaret nos demostró con su prédica y sus obras.

En ella y solo en ella lo calcamos, si bien con la notable diferencia que existe y debe existir entre el modo de decir y de obrar de aquel Espíritu tan grande, como sublime y adelantado, y lo que posible es á nosotros que tan pequeños y atrasados somos.

Al leer estas líneas, quizá no falte quien diga, que comenzamos por donde deberiamos concluir nuestra incorrecta elucubracion, pero si fuere así, á quien tal diga rogamos advierta, que no es capricho, ni petulante idea la que nos impulsa, pues, la materia es justo, muy justo, la tomemos desde los efectos, sino que-remos errar al señalar la causa.

Lo triste, lo deplorable y crítico de la humanidad son los efectos, y por ellos vamos en demanda de la causa que los origina.

Es posible, muy posible, casi cierto que la incognita se halle tan cercana á nuestra vista, que se nos esté manifestando á toda hora y por todo caso; pero si fuere así, si la causa cuyos efectos deploramos, viva, latente y ejerciendo su funesta influencia existiera aún, esto en vez de ocasionar un perjuicio á nuestro razonamiento, le hará más claro, más só lido y palpable; manifestando á la par lo imprescindible que es para el hombre tratar de extirpar esa causa, cuyos efectos tanto dañan á la gran mayoría de los humanos.

Antes de proseguir, creemos sea muy conveniente manifestar que el todo de estos borrones lo ceñimos á la moral religiosa, solo á esa moral, advirtiendo además; qué si ella es afine con la política en alguno ó algunos puntos, eso no es culpa nuestra, ni de ello nos hacemos solidarios, desde que no fué nuestro deseo quien formó esa afinidad que deploramos, por los muchos males que á la humanidad ocasionó y aún tememos siga ocasionando.

No es posible conozcamos, ó más claro, con más sencillez: Nó sabemos si los primeros seres humanos que habitaron la tierra, en sus rudimentarios actos sociales pretendian

ya ocupar todos igual posición social, ser todos *mandones*, esto es, mandar y no ser mandados.

Como ignoramos si la humanidad de entonces, aunque en embrion, adolecía de ese instinto de dominación; para encontrar la causa que buscamos tomaremos los efectos que la historia nos señala como producidos desde los principios de la Era por lo cual contamos.

Há diez y nueve siglos que un ridículo y sanguinario culto reudía el hombre á *dioses*, que hechura y solo hechura del hombre eran!.....

Culto que, apenas comenzó á brillar un rayo de verdadera luz; apenas la obra de Jesús fué propagándose, empalideció el culto que rendían los hombres á Jupiter, Vénus y comparsa mitológica.

Empalideció hasta cesár, cesó, y aún Dios único, al que el Cristo señalaba como Padre y Señor, y por cuyo amor inextinguible venía á la tierra á predicar entre los hombres el cumplimiento de la ley de paz y amor; al Indivisible y Unico Creador del Universo, en Espíritu y Verdad comenzaron los hombres á adorarle.

Los *dioses* que, *cual el hombre*, sujetos se encontraban por los ferreos lazos de las pasiones desordenadas; que vivían encenagados en los vicios y torpezas humanas cayeron del efímero pedestal que les había erigido la ignorancia del pueblo: Pedestal que sostenían, el sacerdocio por ambición y por malicia, el Emperador y sus seides, por los goces de un dominio tiránico.

Los *dioses* fabulosos cayeron del pedestal que los sustentaba, se hicieron trizas, se pulverizaron, y las creencias absurdo-mitológicas fueron re-

legadas al olvido ante la palabra y hechos del *humilde* entre los humildes, del *manso* entre los mansos, del prototipo del amor del hombre hacia los demás hombres sus hermanos...!

Tan santa como saludable enseñanza; la doctrina toda amor, toda dulzura, toda caridad, mansedumbre y humildad obtuvo un proselitismo incalculable, incalculable, si; porque los tormentos, los martirios en vez de aniquilar el cristianismo, en lugar de conseguir animarlo, hicieron crecer el número de cristianos tanto y tanto; que la saña que contra ellos demostraron los Emperadores, enardecida más y más en los crueles seides del Imperio dominador de Europa, Asia y África; la ira, el fanatismo, el orgullo y superstición de los Procónsules, al martirizar á un confesor del Cristo, solo conseguían que á centenares brotaran por doquier nuevos y más nuevos creyentes que la doctrina que predicó y practicó el HIJO DEL HOMBRE.

El orgullo irritado, la tiranía imponiendo la creencia, el tormento y los suplicios empleados como auxiliares para sostener una religión que, *por lo absurda*, demostraba ser obra del hombre y nacida del error y ambición humana; fué, si, fué el mejor, el más constante agente propagador del cristianismo, porque el bien y solo el bien es la *Verdad*, y ésta, el eterno ideal del ser humano.

En el IV siglo de nuestra Era (la de Cristo) cesó la persecución, un Emperador, Constantino 1°. amparándose del valor de los cristianos venció á su contrario; después de la victoria debida á los creyentes del Cristo, se mostró patrocinador de la creencia, y, no por la persuasión,

nó porque se llevara la convicción á el alma humana, y si por despótico mandato, bautizados fueron todos los vasallos del Imperio,

El Emperador, comenzó á prodigar riquezas al clero, le colmó de consideraciones, levantó templos suntuosos, despertó en el sacerdocio la ambicion de atesorar, sembró en él la aspiracion de dominio, y separó al clero cristiano de la senda que le trazó el Cristo.

Cuatro siglos más tarde, y á pesar de la justa oposicion de algunos de los Santos Padres, (entre ellos San Agustin) los Obispos de Roma habian conseguido hacerse Papas: Papas eran ya, cuando Pipino, el Breve, ambicionando fundar la dinastía Carlovingia atacó con la *fuera bruta de las armas* á los Lombardos, les despojó de ciertas comarcas, y cediéndolas al Papa, compró de Estevan II la coronacion que tanto ambicionaba!.....

Hé ahí el origen del llamado PATRIMONIO DE SAN PEDRO!..... Hé ahí la *legalidad* lo *justo*, lo *santo*, *equitativo* y *cristiano* del PODER TEMPORAL, que hasta hace pocos años ejerció el Papado.

El Cristo dijo: «Quien á hierro mate, á hierro morirá.» Y para que se cumpliera la máxima del Justo entre los justos, el Papa que poseia lo ajeno, lo perdió por los mismos medios por los cuales lo habia adquirido.

Justicia y solo justicia se obró, por más que interesadas ó fanáticas lengua y pluma á grito herido están diciendo: ¡Despojo! ¡Usurpacion! ¡Robo sacrilego!

El Imperio daba la investidura del PODER TEMPORAL al Obispo de Roma: investidura que es la antitesis

de la prédica y las obras del Maestro del humilde Jesús.

Investidura que un Papa, Gregorio VII rechazó pedirla, y fué tan *humilde, manso* y *justo*, que declaró al Papado libre de todo vasallaje, por más que el Cristo habia dicho: «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César» y, *porque si*, se elevó hasta el grado de Rey de reyes y único Soberano de la Tierra..... Rechazo, negacion de vasallaje y elevacion irreligiosa, anti cristiana, por más que moral religiosa y cristianismo pretendan hacer ver en esa obra los que torturan los hechos, destrozan la lógica y oscurecen, *con sofismas*, la luz da la verdad que, irradiando sobre el hombre á raudales brota de la historia.

Rechazo, negacion de vasallaje y elevacion que á su vez ocasionaron fanatismo, intolerancia, y lo que es más triste, más doloroso y de peores resultados; la exacta copia de lo que la humanidad sufrió en los primeros siglos del cristianismo.

El orgullo irritado, la opresion imponiendo la creencia, el tormento y las hogueras empleados como auxiliares de la religion, *que ya era obra del hombre* dominado por las miserias humanas, pues que el Dios que se predicaba no era el mismo de paz y amor que predicó el Cristo; reducir á cenizas el cuerpo en que anidara el alma que á su Padre y Creador buscara en las obras, para adorarle en Espíritu y Verdad, y no en ídolos y feliches:

El orgullo irritado, la opresion y tirania imponiendo la creencia, eran los mismos efectos que lucieron cuando la prédica y las obras del Cristo destruyeron la adoracion de

los *dioses* mitológicos, iguales, enteramente iguales; desde que el sacerdocio y los gobernantes que se decían cristianos oprimiendo, tiranizando, entorpecían el progreso al imponer la creencia y adoración de un Dios de *real orden*.

Con la imposición y tiranía coartaban el libre albedrío humano é impedían al ser moral para que con sus obras libérrimas se moralizara cada vez más y más; y, cómo idénticos, iguales efectos acusan un mismo origen, una misma causa; cómo una sola matriz por origen, por base, por fundamento la tiranía, la opresión, el fanatismo y la intolerancia tienen; y como el egoísmo es la madre de los vicios y defectos humanos: *el Egoísmo y solo el Egoísmo es la causa que buscábamos*.

¡Nó en valde y con sus obras nos demostró Jesús lo necesario y regenerador, lo que para su adelanto moral vale al hombre ser humilde!

¡Nó en valde se cumplió lo ofrecido por el mártir del Calvario, y el Espíritu de Verdad, el Consolador ofrecido por Jesús, el Espiritismo vino en la hora de crisis entre los humanos á decirles: «Sin caridad no existe posibilidad de salvación, esto es: Para el hombre que no sea caritativo no existe el progreso; porque háoia Dios camina el ser que es eternamente perfectible, *por la caridad y por la ciencia*».

Porque la Caridad eleva el alma; y desde que la sabiduría en absoluto solo reside en Dios, y por el saber relativo llega el hombre á conocer que la Caridad es una rama de la ley de amor, y que ésta rige á toda la creación; el saber humano se humilla, á la Infinita Sabiduría dá eterna-

mente gracias siguiendo con solicitud y amor la senda que la obra del Padre le señala á todas y á cada una de las incomensurables partes que forman y formarán lo creado y por crear, el Universo.

La ley de amor lleva al hombre al estudio, y estudiando comprende que debe estudiarse á sí mismo.

Se estudia; y el estudio le señala que es pequeño:

Su pequeñez humilla la vanidad, llega el hombre á ser humilde, y la humildad le aparta de toda idea de dominio sobre los demás.

Eso dice, eso enseña lo ofrecido por Jesús, el Espiritismo con la moral pura del Cristo eso nos aconseja, y siguiéndolo el hombre, el Egoísmo cesará en la tierra.

Con él desaparecerá la causa del mayor número de los males y dolores que afligen á los humanos, y al desaparecer serán una verdad en nuestro planeta:

Igualdad ante la Ley: Libertad dentro, enteramente dentro del círculo de la Ley; y Amor sincero y fraterno, unirá á la humanidad y humanidades todas, que formando un solo rebaño tendrán un solo Pastor, su Dios y Padre Universal.

¿Habremos encontrado la matriz, el origen, la causa que como efectos produjo y produce el orgullo, la ambición, la intolerancia y tiranía?

¿Será el Egoísmo?

¿El Espiritismo, que es la verdadera moral del Cristo, en su observancia contendrá el remedio á tan grave mal?

Sí, lo creemos, y como lo creemos así lo decimos.

J. de E.

Espiritistas y Espiriteros

Se reconoce el verdadero espiritista por la transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones.

Allan Kardec.

I

Allan Kardec, el recopilador y gran propagandista del Espiritismo, la encarnación del sentido práctico como le ha llamado el ilustre Flammarion; Allan Kardec, el que dió á conocer al mundo las enseñanzas de los Espíritus, y á quien las generaciones venideras le serán deudas del más importante paso de la humanidad en el camino del progreso; Allan Kardec, nuestro Maestro á quien veneramos con el más profundo cariño que el más respetuoso hijo, pueda tributar á un padre, y á quien la posteridad venerará también cuando apreciarse sepa la trascendencia de la sublime y consoladora doctrina; definió bien al verdadero espiritista, que *se conoce por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones.*

Al tratar de tal materia en esta serie de artículos, deber nuestro, imperiosa necesidad es invocar ante todo el nombre del Maestro que nos enseñó en sus libros y sigue enseñándonos con sus comunicaciones desde el mundo de los Espíritus, á seguir sus nobles tradiciones en el trabajo (que voluntariamente nos hemos impuesto dentro del modesto límite de nuestro alcance), de contribuir al desarrollo y propaganda de las hermosas y consoladoras doctrinas espiritistas.

Y esta invocación reviste aquí un doble carácter; es un tributo de agradecimiento, y es una deuda hacia el

que á porfía se vió combatido por propios y extraños, unas veces tachándole de atrevido hasta la osadía, y otras de iluso por sostener doctrinas que jamás había sancionado la razón. Porque también nosotros, afiliados á las escuelas de los enemigos de Allan Kardec, nos complacimos en arrancar una hoja á su corona; pero felizmente la razón, lumbrera del entendimiento, se hizo paso, y hubimos de reconocer la injusticia de nuestra conducta al atacar siguiendo una fatal corriente nacida entre los espiritistas, al venerable Maestro, siquiera porque expuso teorías y vertió ciencia en mayor cantidad de la que podían digerir sus contemporáneos.

Satisfecha esta deuda, que ha tiempo comenzamos ya á pagar, pues que desde hace años todos nuestros escritos espiritistas se han inspirado en la enseñanza del fundador del Espiritismo moderno, entremos en materia sin temor de ser tan mal juzgados desde luego como aquel lo fué, esperando y confiando en que también se nos hará justicia, aún por los mismos *espiriteros* á quienes vamos á poner en evidencia, intentando corregirlos, no por virtud de una autoridad de que carecemos, sino por la fuerza del convencimiento llevado al ánimo de nuestros hermanos, que deseamos ver convertidos en *espiritistas*, á fin de destruir nuestro aforismo: «el mayor enemigo del Espiritismo está en los espiritistas.» (1)

Muchas veces brotaron de nuestros labios estas palabras, pero la pluma no se había atrevido á consignarlas, porque no podía hacerlo sin poner de manifiesto las razones que las fundaban.

En el periodo de lucha que atraviesa el Espiritismo, hemos tenido muchísimas ocasiones de pelear en su defensa midiendo nuestras débiles fuerzas con las de hombres eminentes y avezados polemistas; siempre salió triunfante la bandera espiritista, que para todo argumento contrario tiene razones incontrovertibles, para todo ataque defensa sobrada; solo nos hemos visto obligados á enmudecer alguna vez cuando después de esponer las bases racionales de la doctrina, después de sancionarla con el hecho ó fenómeno, y después de manifestar sus resultados en la vida práctica, nos han señalado con el dedo á uno que se llamaba espiritista, diciendonos: «¿Esos son los frutos de vuestro Espiritismo? pues si por los frutos se conoce el árbol, juzgado está el que tales los produce.» Y en verdad que para este argumento no teníamos replica; no cabía defensa contra ese inesperado ataque.

¿Qué decir, qué contestar á esa especie de razonamiento viviente encargado de destruir todo el edificio de la doctrina espiritista? Nada más que lamentar profundamente en el silencio el único punto vulnerable, y repetir á cada paso: «Cierto es que el gran enemigo del Espiritismo está en los espiritistas.» Si estos se reconocen, como ha dicho Allan Kardec (*El Evangelio segun el Espiritismo*, cap. XX) por los principios de verdadera caridad que profesen y practiquen, por el número de afligidos que consuelen, por su amor hácia el prójimo, por su abnegacion, por su principios, no son espiritistas, aunque de tales blasonen, quienes no ajustan su conducta á las enseñanzas

de los Espíritus, que constituyen aquellos principios. Nó, no son espiritistas, pero ya que alguno hay que darles, les llamaremos *espiriteros*, ó sea hermanos que se han estacionado guardando el nombre, conservando en cierto modo la forma, pero habiéndose olvidado por completa de todo cuanto representa la esencia del Espiritismo, que es ante todo y sobre todo *regla universal de vida*.

«El Espiritismo bien comprendido, dice el Maestro hablando de *los buenos espiritistas* (*Evangelio*, capítulo XVII), pero sobre todo bien sentido, conduce torzadamente á los resultados espresados que caracterizan al verdadero espiritista como al verdadero cristiano, siendo los dos una misma cosa. El Espiritismo no viene á crear ninguna moral nueva; facilita á los hombres la inteligencia y la práctica de la de Cristo, dando una fé sólida ó ilustrada á los que dudan ó vacilan.»

«Pero muchos de los que creen en las manifestaciones no comprenden ni sus consecuencias, ni su objeto moral, ó si las comprenden no las aplican á si mismos.....»

«Esto depende de que la parte de algun modo *material* de la ciencia solo requiere cierto grado de sensibilidad que se puede llamar la *madurez del sentido moral*, madurez independiente de la edad y del grado de instruccion, porque es inherente al desarrollo, en un sentido especial, del espíritu incarnado. En los unos los lazos de la materia son aún muy tenaces para permitir al espíritu desprenderse de las cosas de la tierra; la niebla que los rodea les quita, la vista del infinito; por esto no dejan fácilmente sus gustos, ni sus cos-

mumbres, ni comprenden nada mejor que lo que ellos poseen: la creencia en los espíritus es para ellos un simple hecho, que modifica muy poco ó cambia sus tendencias instintivas; en una palabra, solo ven un rayo de luz insuficiente para conducirles y darles una aspiración poderosa y capaz de vencer sus inclinaciones. Se fijan en los fenómenos más que en la moral, que les parece venal y monótona; piden sin cesar á los Espíritus les inicien en nuevos misterios, sin preguntar si se han hecho dignos de entrar en los secretos del creador. Estos son los espiritistas imperfectos (los que nosotros llamamos *espiriteros*), de los cuales algunos se quedan en el camino ó se alejan de sus hermanos en creencia, porque retroceden ante la obligación de reformarse, ó se reservan sus simpatías para los que participan de sus debilidades ó de sus prevenciones. sin embargo la aceptación del principio de la doctrina es el primer paso que les hará el segundo más fácil en otra existencia.

El que puede con razón calificarse de verdadero y sincero espiritista está en un grado superior de adelantamiento moral (por eso decimos nosotros que solo llega al Espiritismo *quien lo merece*); el espíritu que domina más completamente la materia le dá una percepción más clara del porvenir; los principios de la doctrina hacen vibrar en él las fibras que permanecen mudas en los primeros; en una palabra, *tiene el corazón enternecido*; su fé es también á toda prueba. El primero es como el músico que se conmueve por ciertos acordes, mientras el otro solo comprende los sonidos. *Se reconoce el verdade-*

ro espiritista por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones; mientras el uno se complace en su horizonte limitado, el otro, que comprende alguna cosa mejor, se esfuerza en ir más allá y lo consigue siempre, cuando para ello tiene una firme voluntad.»

Hé aquí perfectamente descritos por Allan Kardec el *espiritero* y el *espiritista*, siquiera á los primeros no los definiere con el nombre que nosotros hemos aceptado. Y es ocasión de advertir lo que nos ha hecho notar el largo y profundo estudio de las obras del maestro: que no hay asunto alguno, no hay cuestión, no hay punto de vista en el Espiritismo que deje de haberlo tratado con su incomparable sentido práctico y clarísima inteligencia, aquel cuyas huellas nos hemos propuesto seguir, siquiera desde luego alcancemos el mismo martirio moral del que supo adelantarse á su siglo, conquistando uno de los primeros lugares al agradecimiento eterno de la humanidad por cuya regeneración tanto hizo el primer Apóstol del Espiritismo.

¡Qué él nos ilumine en nuestra misión, pequeña, pequeñísima por la personalidad que se la ha impuesto; pero grande, muy grande, por la fé y la esperanza que la sostienen, y sobre todo por la grandeza de la causa á que aquella se consagra! Qué él nos ilumine, repetimos, para realizar el propósito de estos artículos, cuyo objeto es hacer ver que al Espiritismo debe juzgarse por los *espiritistas*, no por los *espiriteros*.

El Vizconde de Torres-Solanot.

(1) Con toda sinceridad aplaudimos la idea, y nuestras más gratas aspiraciones sa-

tisfechas serán con el logro de ella; pero recordamos qué no há mucho tiempo el autor de la idea, nuestro muy querido hermano, nos honró aconsejándonos con el aforismo: «El sacrificio sigue al apostolado, como la sombra al cuerpo.»

Aforismo que el estudio de la historia lo eleva al grado de axioma, y cuya ampliacion la vemos en la historia tambien.

He aquí el aforismo ampliado:

«El sacrificio sigue al apostolado como la sombra al cuerpo; porque los más encarnizados sacrificadores no son los enemigos declarados, ni son aquellos desgraciados cuyas ceguedad y obsecacion les hace vejetar bajo el yugo de la negra envidia; los verdaderos martirizadores del Apostol de toda idea son aquellos que diciéndose sus correligionarios sus propias convicciones y por absurdas que ellas sean, sus caprichosas concepciones pretenden que dominen, y como no pueden conseguirlo, con desengaños, con hablillas, con decepciones y hasta ingratitudes, martirizan á aquel que ante los demás aparece como el primer obrero de la obra.

¡Pobres ciegos de propia voluntad! su ceguedad es tal que no ven el inmenso campo que á los humanos á toda hora está ofreciendo la noble emulacion.

Emulos y no contrarios, émulos debieran ser, y por sus esfuerzos quizá y sin quizá conseguirian elevarse sobre el Apóstol de la idea.

Pero, luchando por subir dentro de ella, porque es lo justo, lo digno y noble, lo fraterno y humanitario.

J. de E.

Sociedad Espiritista, establecida en el Callao Perú.

Disertacion Espiritista sobre la oracion

M. A. M.

1ª. PARTE

Haces muy bien en rogar á Dios por los Espíritus que padecen, porque el deber de practicar la caridad se estiende á todos.

Pero como el hombre en su calidad de ser inteligente debe darse cuenta

de la razon de todos sus actos, y como además en su condicion de ser conciente y responsable debe medir y pesar la responsabilidad, ó sea el mérito ó demérito de ellos; creo no sea demás examinemos por unos cortos momentos el porqué de esa obligacion de caridad, y la índole y efectos de la oracion.

Creó Dios á la humanidad, es decir, á los Espíritus inteligentes y libres; nó para que le tributasen alabanzas sin fin, de las cuales no ha menester su grandeza y felicidad infinitas, sino para que llevaran adelante la obra de hacer el bien; ó en otros términos; para continuar la natural accion de su propio sér, que es bondad eterna y sin límites.

En el curso de este movimiento bienhechor, de este resplandor del sér divino, el espacio habia sido animado por torbellinos de universos de que ya teneis alguna idea: sobre este incomensurable pedestal, por decirlo así, se habia elevado la vida, la colosal creacion de los organismos animados por un destello inteligente y en seguida ascendiendo cada vez más la manifestacion de aquel infinito motor del *Bien*, llegó á aparecer el sér humano, esto es, un sér al cual no se le asignaba un lugar ó puesto fatal en las funciones todas de su existencia; sino una entidad dotada con la razon, dote tan grande cuánto que no le habia tenido en nuestro mundo hasta entónces otro sér alguno, y esa dote que la debe á sus propios esfuerzos, como sér libre y conciente le hace solidario de sus propias obras, sin más límites que los de las leyes inmutables de la naturaleza toda.

Dios no le impone la felicidad, se

la muestra, le señala el camino para alcanzarla, y le deja libre, enteramente libre para seguirle ó nó. Pero conciliando al mismo tiempo su infinita bondad con su infinita justicia; es decir, evitando que lo falible del sér humano fuese abrumado por lo inexorable de leyes eternas, y que el hombre por esto pudiera ser incapaz de toda felicidad que deseara; estableció una maravillosa combinación, en la cual, á mis humilde juicio, resplandece su sabiduría y su poder, más que en cualquier sistema de los astros del firmamento.

En primer lugar, dispuso que todo acto bueno practicado por el sér humano en el uso de su libre albedrio fuese indèble y eterno; de modo que el progreso alcanzado, por pequeño que fuere, fuese indestructible y no pudiera perderse ni borrarse jamás.

Dios al dar esa ley, eternizó el bien á favor del Espiritu del hombre Y en cuanto á los actos del libre albedrio practicados fuera de la senda del bien, ó sea apartándose de las leyes naturales, al mismo tiempo que dejó que produjeran sus naturales efectos de dolor y desgracia, no quiso eternizarlos, sino que dispuso que pudiesen ser todos, uno por uno, reparados por el Espiritu, y borrado para siempre, hasta sus últimas huellas, del campo del porvenir del alma.

El bien, y las leyes que dan al hombre la norma de él, como emanaciones de Dios, son y tienen que ser indestructibles, eternos.

El mal, que en realidad no es otra cosa que desviación que el alma lleva á cabo al separarse del camino recto que es el trazado por las leyes divinas; debe desaparecer desde que

vuelva el alma al recto camino, entre en él y siga su marcha al amparo de esas leyes, y por consiguiente, disfrutando los goces y beneficios que de ellas y como legítima y natural consecuencia se derivan.

Y para facilitar más la vuelta al buen camino, dió á el alma no solo un caudal suficiente de fuerza propia, sino que quiso aumentarla y multiplicarla indefinidamente, poniendo en auxilio de cada Espiritu las fuerzas reunidas de todos los demás. Hizo, pues, solidarios para la felicidad, solidarios para la rehabilitación—solidarios para el bien. Y no dejó á cada alma mas peso del cual emanciparse, que el de su propio mal obrar; es decir, del mal practicado por ella—nó del que practiquen las demás si originado no es por ella.

Así, á los ojos de la divina justicia y misericordia, ningun hombre es responsable de los malos actos practicados por otro en el ejercicio de su libre albedrio—solo es responsable, ante las divinas leyes, por los suyos propios, por el mal que el mismo hizo ú ocasionó, y por el bien que, pudiendo, no quiso hacer.

Podeis comparar esta ley para el bien, y de aislamiento para la responsabilidad del mal, á la ley física que en los cuerpos hace que unos polos se atraigan y otros se rechacen—con la única diferencia; de que en el mundo moral los actos buenos de cada uno de los hombres son los polos semejantes y se atraen, los actos malos desemejantes y se repelen.

Y para hacer más firme y segura esa solidaridad de todos para el bien, y más eficaz en sus resultados, la dió por base un sentimiento irresistible: *El Amor*, esto es, el amor del alma

á alma, el que hace que todo corazón humano responde siempre á ciertos móviles, y de la misma manera en todas las épocas y en todos los lugares.

¿Será menester para haceros comprender esta verdad, deciros que el entusiasmo abnegado y sublime es siempre contagioso, que la generosidad siempre cautiva simpatías, que el dolor de las madres siempre halla eco en todo corazón, y que, en una palabra, todos más ó ménos podrian decir como el poeta latino: *Soy hombre, nada humano me puede ser extraño?*

Pero si quereis descender á las pequeñas ruedas, por decirlo así, del maravilloso mecanismo; recordad el amor de los padres por medio del cual cada generacion protege, educa y perfecciona á las que le siguen: recordad el amor filial por el cual la gratitud, del bien heredado, sirve de leccion y ejemplo á la geueracion naciente: recordad el amor fraternal y todas las formas posibles de amor que, si bien las examinais, no son en el fondo sino otros tantos lazos del vínculo universal, amor á toda alma, ó sea *Caridad*.

¡Cosa admirable! El hombre practica la caridad consigo mismo y con los suyos casi sin sospecharlo, y del mismo modo la practica en la inmensa mayoria de casos, respecto de el resto de la especie humana.

Es verdad que no hay en ello todo el mérito que en la caridad meditada y consciente; pero siempre mejora la salud del cuerpo.

Y queda al fin realizado algun progreso, que lo prepara á otro mucho mayor; el de la caridad á todos por amor, por conciencia del deber, por docilidad á la ley moral, ó sea á la

voluntad de Dios.

Ahora bien; la Oracion es á la Caridad, lo que la Palanca es á la mano: un medio sencillo y poderoso de multiplicar las fuerzas y los resultados de su aplicacion.

Sucedió una vez, que un Pontífice hizo colocar en una plaza de Roma un magnífico obelisco, y para levantarlo sobre su base, necesario fué emplear aparatos con muchas cuerdas que, con la violenta tension sufrieron un cambio de dimensiones en extremo peligroso para el fin que se buscaba. Entonces y del fondo de la multitud salió un grito *¡Agua á las cuerdas!* y seguido este consejo, se pudo llevar á cabo la empresa y se levantó y colocó firme en su base el suntuoso monumento.

Pues, bien, hermanos míos; el monumento es el progreso moral, las cuerdas son las fuerzas humanas; el agua son las lágrimas de un corazón sincero que ruega á Dios por sus semejantes—*es la oracion*.

Orad, pues, siempre con toda fé al Padre de todas las misericordias.

Luis Gonzaga.

Variedades

CONVERSION

Por lo que pueda importar á los protestantes de la República Mejicana, (1) tomamos de *La ley de amor*, periódico Espiritista que se publica en Mérida (Libreria de Rodolfo G. Canton) cuya lectura recomendamos á nuestros hermanos en creencias y á todas las personas estudiosas, tengan las que tuvieren, el siguiente párrafo cuyo título es *The American Espiritual Magasine*:

«El reverendo doctor Samuel Watson, de Memphis, que por más de

treinta años ha sido uno de los mas
preminentes miembros de la iglesia
metodista Episcopal americana, ha
abrazado con calor la causa del Es-
piritismo fundando un periódico con
el nombre que encabeza estas líneas;
la suscripción vale dos ps. fs. por año
(223 Union Street, Memphis, Tenn.)
Segun vemos en su número 3, hace
grandes progresos el espiritismo en
Nueva Orleans; gran parte del clero
de la Iglesia Unitarias toma hoy con
calor la defensa. Aun en las Iglesias
Unitarias se pronuncian discursos
á su favor. Saludamos fraternalmen-
te al reverendo doctor Sr. Watson,
á quien tendremos el gusto de remi-
tir siempre un ejemplar de nuestro
periodico.

(1) Y á los de la villa de Gracia.»

A nuestra vez y siguiendo la via de la Re-
vista Espiritista de Barcelona que es de
quien trascribimos lo anterior diremos: que
por lo que puede importar á los protestantes
de la República Oriental damos á luz estos
líneas, y al doctor Watson remitiremos
nuestra humilde hoja mensual y exactamen-
te saludándole y con fraterna intencion de-
seando sea ópimo el fruto que coseche en su
tarea de amor y tolerancia, de caridad cris-
tiana y eminentemente moral y religiosa.

La redaccion

Ejemplo de Caridad Evangélica

De «El Buen Sentido,» Lérida
tomamos lo siguiente:

«“El Siglo Futuro” y “El Consul-
tor de los Párrocos,” periódicos
católicos, apostólicos romanos, sos-
tienen una polémica que sino fuese
asquerosa, seria muy instructiva;
recorren todo el diapason ultramon-
tano, desde las notas más graves,

bajas ó soeces, hasta las mas agudas
ó agresivas. Las plumas de los pia-
dosos contendientes no parecen plu-
mas, sino navajas de muelles ó tra-
bucos naranjeros. A los hiso pazos de
bilis, vinagre y ácido sulfúrico con
que el “El Consultor” rocía á su
compañero de glorias y fatigas,
contesta “El Siglo futuro” con
descargas cerradas, sin duda por un
resabio de sus pasadas aficiones.
Están en su cuerda, y se portan á las
mil maravillas. Lástima es que no
presencien el asqueroso pugilato los
infelices que aún creen de buena fé
que los periódicos neo-católicos pro-
pagan y defienden algo parecido al
Evangelio.

O ambos periódico están subven-
cionados por los *Imanes* y los *San-
tones* para desprestigiar el cristianis-
mo, ó desconocen hasta los rudimen-
tos de la moral de Jesús. ¿Es, por
ventura, tirándose los trastos y los
bonetes á la cara como se difunde la
masedumbre cristiana, ó el amor á
Dios y al prójimo?»

Noticias y Avisos

El Espiritismo reproduce el artí-
culo que con el epígrafe: «Una car-
ta sobre Espiritismo» ha publicado
nuestro buen hermano D. Juan Ma-
rin y Contreras en «La Prensa Ga-
ditana» contestando al distinguido li-
terato D. Romualdo Alvarez Espino,
que habia impugnado, sin conocerla
nuestra doctrina. Recomendamos la
lectura de dicho artículo, que es, por
su forma y por su fondo, un modelo
en el terreno de la polémica espi-
ritista.

—Contestando el cólega de Savilla á los que le han preguntado, siendo espiritistas, que religion consignarian en la casilla correspondiente de las cédulas de censo de poblacion, dice, que siendo el Espiritismo el Evangelio de Jesús en su pureza conocida, no es aquel otra cosa que el cristianismo; pero para diferenciarle de las creencias religiosas que toman tambien ese nombre, debemos añadir el calificativo que distingue las nuestras. Asi, pues, *Cristiano Espiritista* es como debe dominarse quien profesa el Espiritismo. Tan de acuerdo estamos con ese parecer, que asi lo hemos expresado en el último censo de poblacion.

—Se ha constituido una sociedad espiritista en Copenhague. Es la primera de que tenemos noticia en Dinamarca.

—El profesor M. Renard Ragazzi, ha comenzado á publicar en Ginebra una revista quincenal titulada: *Journal du Magnetisme*, órgano de la sociedad Magnética de aquella poblacion.

—La llegada á Buenos Aires de un médium de efectos físicos y de *Materializacion*, el señor don Camilo Bredif, dice el periódico espiritista *Constancia*, ha estendido de tal manera el Espiritismo en aquel país, (1) que hoy cuenta ya numerosos grupos de estudio y propaganda, asistidos por elevados Espiritus y en los que trabajan médiums de notables facultades.

De *El Criterio*

(1) Agradable, sumamente agradable nos ha sido la noticia y mas y sobre todo, cuando estando tan cercanos ignorábamos la existencia de esos numerosos grupos de estudio y propaganda debidos á los efectos producidos por el médium Bredif, la axistencia de esos elevados Espiritus, y aun de que en la otra orilla del Plata existieran médium, de notables facultades.

Y, ¡cómo no ha de sernos grato, si la pobre semilla que sembramos allí, labradores más capaces que nosotros la hicieron florecer!

Bien hayan los que la verdad y solo la verdad hagan lucir! Bien hayan los que la verdad proclamen y sostengan!

J. de E.